

**Comentarios sobre
algunos de los
problemas que se
presentan en la
práctica privada
del pediatra ***

JULIO MANUEL TORROELLA O. **

EN tan corto espacio es imposible señalar siquiera algunos de los problemas más importantes o frecuentes, con los que se enfrenta el pediatra en su práctica privada.

El afán de mencionarlos en esta nota, es el de provocar comentarios posteriores y quizá encontrar la solución para algunos de ellos.

Siguiendo la filosofía del Hospital Infantil, de que la autocritica es siempre provechosa, nos referimos sólo a algunos puntos, negativos, penosos, de errores que cometemos a diario, dentro y fuera del Hospital, para que meditando en ellos procuremos evitarlos y enmendar en lo posible conductas equivocadas.

Para facilidad de la exposición, consideramos:

1. Algunos problemas en la actitud del pediatra, en su práctica privada con la clientela.
2. Problemas en la actitud del pediatra con los médicos generales y con los pediatras.

Es conveniente señalar que la época de iniciación de estas fallas, suele encontrarse en la etapa de preparación hospitalaria.

El trato del médico joven con los familiares, se inicia desde el primer día de su internado y entonces empiezan los errores, que las más de las veces son debidos a la falta de tacto. Es así, como para dar al padre o a la madre angustiados, el informe adecuado sobre la gravedad de su niño, el médico sin experiencia suele hacerlo en forma brusca e impersonal y obviamente con esa actitud, lastima a los padres en forma in-

* Trabajo presentado en el Simposio sobre "El ejercicio privado en Pediatría", que se llevó a cabo en las V Jornadas Pediátricas, organizadas por la Asociación de Médicos del Hospital Infantil, del 19 al 21 de Noviembre de 1959.

** Jefe del Servicio de Medicina III del Hospital Infantil de México.
Profesor de Pediatría de la U.N.A.M.

necesaria, olvidando que la enfermedad del niño no es un suceso aislado, sino algo que se enlaza en forma estrecha con éste y con sus familiares.

Cuando se tienen interés y sentido humano, esa ineficiencia suele irse corrigiendo incluso sin la ayuda de otras personas, y es raro que después de una estancia mas o menos prolongada en el hospital, no se adquiriera la experiencia adecuada para manejar el problema. Sin embargo cuando no hay suficiente autocrítica, cuando los superiores inmediatos no hacen notar las fallas (cosa que puede ocurrir por negligencia, o lo que es peor, porque ellos mismos no actúan debidamente). Cuando median circunstancias especiales que impiden al médico adaptarse al medio, resultan profesionistas carentes de tino, perjudiciales para sus pacientes, que podrán quizá ser atendidos correctamente en lo que a prescripciones se refiere, pero que se sentirán siempre defraudados en los momentos definitivos, por el poco tacto de su pediatra.

Dichos médicos, salvo que corrijan su actitud equivocada, se crean una atmósfera desfavorable, ya que los desajustes con sus pacientes o con los familiares, les producirán frecuentes disgusto y a la larga una mengua de las personas que desean tener trato con ellos. Puede decirse que el pediatra además de preparación científica, debe tener capacidad para manejar su propia personalidad como instrumento terapéutico y no como agente de agresión.

Otra forma de desajuste se debe a la actitud demasiado docta que adoptan algunos médicos, que quizá con un afán muy loable de superación, se han sentido dignos de todas las distinciones académicas y tratan a los angustiados padres, que buscan calor humano a la par que curación, bajo el peso y el rigor de todas las togas y birretes imaginables (y con frecuencia solo imaginados). Conviene aquí recordar que si se medita un poco en lo falaz de las verdades científicas de hoy, la humildad no es debilidad, sino salud mental.

Es frecuente que la estancia en el Hospital, confiera a algunos médicos una actitud despersonalizada para con los familiares del niño enfermo, con graves perjuicios para éstos, para la institución y para ellos mismos.

Esta manera de ser, se manifiesta a veces alentada por el ejemplo involuntario de algún superior inmediato, que saturado de trabajo, en algún servicio de mucho movimiento, traduce su fatiga en incompreensión.

A nuestro juicio ésto no justifica, pero explica en un buen número de casos, los problemas que se suscitan en los servicios de urgencia, donde padres aflijidos, exigentes, quizá a veces ásperos, pero al fin y al cabo en la creencia de que su hijo necesita ayuda inmediata, chocan contra un médico; que falto de tacto, dice una palabra que hiera la angustia de los que buscan atención, y en la mayoría de las ocasiones la fricción pudo evitarse, tan solo con cambiar la frase o el tono con que se la dijo.

El pediatra debe ser uno de los agentes, que lleven a la sociedad hacia formas de organización, en que los individuos logren el máximo de potencialidades físicas y mentales, y su acción no debe concretarse al niño, sino a todo el grupo familiar.

A veces la falta de tacto, no es sino lo que solía llamarse antes, falta de educación, que a la postre no es sino desajuste a una situación determinada.

Creemos que en estos aspectos, los jefes deben influir en forma positiva, recordando y haciendo recordar, que con no poca frecuencia, restablecer el equilibrio hidro-electrolítico es menos importante que restablecer el equilibrio emocional de la familia.

El pediatra suele tener también problemas con los médicos. Es frecuente ver que el joven, recién egresado de los centros en que se capacitó técnicamente y más aún si ha estado en el extranjero, adopte ante sus colegas, médicos generales o pediatras, una actitud petulante, demostrando casi lástima por ellos en las juntas médicas, al comentar trabajos científicos, o en el simple contacto social.

O peor aún, cuando olvida la ética más elemental y se solaza comentando con los familiares sobre la torpeza de tal o cual prescripción o procedimiento, o cuando en ocasiones después de haber estado en una junta médica, regresa para decir a los familiares, que discrepa totalmente con lo acordado en la junta y se insinúa para seguirse ocupando del caso o bien, cuando al leer frente a los familiares la receta del médico que lo precedió, mueve la cabeza en actitud desaprobatoria.

Se antoja meditar en lo que pensarán los familiares al presenciar esa crítica del médico a sus compañeros. No pocos ejemplos hay, de médicos jóvenes, bien preparados, con actitudes imprudentes y a veces crueles para con sus colegas, cuya única falta consistió quizá, en tener menos oportunidades para lograr una mejor preparación; que no sabrán las cifras normales de transaminasa glutámico-pirúvica, pero que con frecuencia son más humanos, tienen más sentido clínico y mejor juicio que quienes los critican y en vez de desprecio deben merecer admiración. Tales mé-

dicos jóvenes, mal ajustados al medio van cerrándose poco a poco el camino, y en un lapso más o menos largo, se ven obligados a abandonar una población, en la cual con una actitud humana y respetuosa para sus compañeros, hubieran podido encontrar la manera de vivir tranquilamente, y con el tacto adecuado, prudencia, criterio y tezón, ayudar a la población general y a la población médica, trabajando en consorcio con ella, enseñando sin ofender y cumpliendo con la deontología en sus tres niveles, humano, ciudadano y profesional.